

Editorial N° 3

Cuando San Agustín se relacionó con Ambrosio, conoció del mismo, la práctica inusual de la lectura silenciosa.

La escasez de libros y su alto costo por ser manuscritos, hacía de la lectura en voz alta, el modo frecuente de acceso a la misma.

Esa modalidad de lectura silenciosa, importó una revolución en el arte, porque trajo consigo, sus beneficios más importantes, la posibilidad de la pausa mental, de la relectura, del retroceso, pero fundamentalmente, la posibilidad de dialogar consigo mismo.

Dejando de lado, toda otra bondad de la lectura (ordenamiento mental, desarrollo creativo, fantasía, mejoramiento de la comunicación, etc.) concentrémonos un instante, en esa posibilidad de todo buen libro, de brindarnos la experiencia enriquecedora del diálogo íntimo y profundo.

Porque si bien, somos los hijos de nuestro tiempo, el hombre en su esencia, es el mismo en todos los tiempos.

Las pruebas y desafíos cambian sus formas pero generan idénticas pasiones, sentimientos, razones, respuestas.

Por eso, debemos desarrollar y promover el hábito de la lectura.

Debemos preservar en nosotros y activar en nuestros hijos, a través de su práctica frecuente, el diálogo introspectivo del alma examinándose a sí misma.

Para San Agustín, camino de la iluminación.

Edgardo Martínez.